

menaje al autor de *Miguel Mañara*. No se trata sin embargo del natural amor del hombre hacia un arquetipo femenino. Es más que eso: es el amor infinito que va ensanchándose gradualmente, en ondas concéntricas, desde las más ínfimas criaturas hasta Dios. Es una escala que comienza en la tierra y va más allá de las nubes. Milosz, en la niñez, ama con fervor a su familia; luego, en la adolescencia, entrega su amor a una figura ideal: Claricé-Annalena. Ya hombre, ama a la mujer; pero como "un mendigo de amor", como un "prisionero entre cuatro muros infranqueables". Incomprendido, decepcionado vuelve los ojos húmedos de ternura hacia la humanidad. Los hombres no responden a su llamamiento y le menosprecian, construyen un muro helado de silencio en torno de él y le encierran vivo en una sepultura invisible, labrada por su desdén. El solitario dedica entonces su amor a los pequeños y humildes seres de la creación y exclama resignadamente: "Bienvenida seas, Soledad, madre mía...!"

Este es el drama inquietante de Milosz, el mártir del amor, que entregó su corazón generosamente a los demás y no obtuvo nada en cambio. Amor universal, condenado a extinguirse en un cerco hostil de ceniza. En vísperas de su viaje final, el poeta condensó en una línea su biografía: "Un viejo amor gastado por la piedad, la cólera y la soledad". El pobre gran señor lituano llegaba al umbral de la muerte, acompañado tan sólo por los pájaros, que acaso le rodeaban atraídos únicamente por las semillas y migajas de pan que esparcía a su paso. Sin embargo, el amador abandonado exclamaba todavía: "Quiero vivir, vivir y hacer algo por los hombres, mis enemigos!"

En la *Iniciación Amorosa* hay una página, iluminada como un vitral, donde se condensa con un fulgor de poniente, todo el íntimo y delicado romanticismo de Milosz, representante excelso de la angustia humana: "He aquí que, de pronto, mi mirada es atraída por el juego de un rayo de luz sobre alguna columna o umbral de iglesia. Inmediatamente interrumpo la marcha y mis ojos se fijan en la vieja piedra, calentada por claridades de otro tiempo, el fantasma de lo que pudo ser y no

fué aparece en el sol pálido y me mira largamente en el punto luminoso de mis ojos... Yo soy aquella que tú amaste en los siglos pasados, en los tiempos sin nombre —canturrea el puro fantasma—... Yo soy aquella que holló, cierto día, los mismos escalones, al son de las mismas campanas, en los tiempos perdidos para siempre. Soy la hija domesticada de las aguas, de las altas hierbas y de los follajes del ducado de Bretinoro, soy la hermana de tu adolescencia! Los mismos escalones, las mismas campanas, a pesar de la muerte, del disgusto y de la desesperación! Estoy muerta desde hace tiempos... El mundo se derrumbará, los astros se apagarán, y hasta la memoria de esas Edades se borrará a su turno: pero yo no volveré nunca a estar viva! Tú no verás jamás mi carne, tú no beberás nunca mi voluptuosidad ni mis lágrimas. La consolación del amor hacia todas las cosas. Aún el vuelo del insecto insensato encierra una lección divina. Y de los labios del poeta brotan los salmos ardientes y esperanzados: el *Salmo de la Madurez*, el *Salmo de la Reintegración* y el magnífico *Salmo de la Estrella de la Mañana*, escrito dos años antes de su muerte. El vocabulario de estos salmos es hermético, a veces, apocalíptico, iluminado de resplandores sorprendentes como el de los antiguos profetas. Milosz debe ser considerado como el último gran salmista de nuestro tiempo.

Atormentado, consumido por un intenso fuego, el señor de Czereia, cansado de haber recorrido "todos los albergues del mundo", se retira a su refugio de Fontainebleau, reducido a la amistad de las aves. Siente el frío de la muerte en su "carne de animal y su alma de planta". Escucha, entre las hojas que caen, el ruido monótono y triste del pico de un pájaro que horada la corteza de un árbol vecino. Escribe entonces, con mano desalentada:

"El pájaro carpintero clava el ataúd de mi amor".

En esta imagen, que hubieran amado Heine y Rilke, Holderling y Goethe, se encierra todo el drama sublime de Milosz, gran poeta cuya desaparición es pérdida irreparable para el genio europeo.

## Son versos

de Valentín de PEDRO  
(En el Rep. Amer.)

Buenos Aires, diciembre de 1944.

Señor don  
Joaquín García Monge.  
San José, Costa Rica.

Muy estimado don Joaquín:

Acaba de ser impresa una conferencia que Valentín de Pedro leyera ante numerosa concurrencia en la Asociación Tucumana con sede en Buenos Aires. En prosa ágil y versos flúidos y bellos, el autor nos va haciendo partícipes de las impresiones que recibiera durante el desarrollo de la guerra civil española, que fué en realidad el primer acto de la guerra mundial que aún perdura, vislumbrándose ya, no obstante, su fin, que, esperamos, ha de ser acompañado por un resurgimiento de la libertad en el mundo. De la libertad y de la cultura, puesto que el nazismo y el fascismo son la negación absoluta del desarrollo de ambas.

He desglosado de la citada conferencia

ocho composiciones —sonetos, poemas, romances— de los cuales cinco se refieren a la tragedia del pueblo español. En los otros tres el autor expresa sus sentimientos ante el próximo retorno a la patria. Creo no equivocarme al manifestar que los lectores gustarán del arte de Valentín de Pedro, tanto por su factura cuanto por su sinceridad y por la espontaneidad que revelan; pero sobre todo por la emoción que encierran y que transmiten los versos aludidos. Se las remito, estimándole su reproducción en Repertorio Americano para que logren la difusión que merecen.

La conferencia, impresa ahora en folleto de 32 páginas, bien presentado y pulcramente cuidado, lleva por título: Viaje de vuelta. (Itinerario lírico).

Agradecido, me place saludarlo a la vez que desearle felicidades en el año venidero, reiterándole de usted amigo y s. s.,  
Juan RAGGIO.

1

En medio de la calle abrió un abismo la bomba al estallar. Y la metralla restalló en las fachadas, como tralla agitada en furioso paroxismo.

Hubo un breve temblor de cataclismo. Ruido de un mundo de cristal que estalla, y un espanto de sangre que no halla comparación más que en su espanto mismo.

Se alzan, rotos, los rieles del tranvía, como rígidas patas de una araña gigante, hundidas en la luz del día;

y el cráter de la horrible mordedura del plomo, da una impresión extraña, de cósmica y humana desventura.

2

Y, de pronto, la muerte que se acerca... No silenciosa, fantasmal, ni ambigua. El ruido de la hélice, que terca barrena el aire, lo atestigüa.

Bajo todos los techos de la ciudad, la angustia pone un temblor unánime; el rostro de la gente de súbito se mustia, como si la ciudad fuera a quedarse exánime.

Las explosiones hacen estremecer la tierra con un presentimiento de bárbaras tragedias, que el corazón aterra. Es como un secular derrumbamiento.

La que ahora se hunde pudo ser nuestra casa, pudo ser nuestra carne la que ahora se abrasa; el rumor de los élitros de acero sobre nosotros pasa y bien puede ser este nuestro instante postrero.

Está la muerte a nuestro lado; la sentimos lo mismo que a un ser vivo; nos hace respirar su aliento helado y entre sus brazos tiene nuestro cuerpo cautivo.

Traspasa nuestra carne, por nuestras venas  
[se entra;  
llega hasta lo más hondo de nuestro corazón; y nuestra vida toda en su poder se encuentra, frágil, como una pompa de jabón.

Nupcias de muerte, extrañamente locas, que nos dejan exhaustos, temblorosos, con sabor de cenizas en nuestras bocas y una impresión de sueños pavorosos.

El rumor de las hélices se aleja; y en el silencio trágico y profundo que al alejarse deja, dijérase que empieza a renacer el mundo.

Y nosotros con él: con nueva vida, más profunda y más fuerte; que si un instante se creyó perdida, se siente triunfadora de la muerte.

3

Noche de guerra, noche pavorosa. Nunca la oscura noche fué más noche, más de espanto y de muerte; noche negra surcada de siniestros resplandores.